

Giordano **B**runo
EL LOCO DE LAS ESTRELLAS



MIGUEL ÁNGEL PÉREZ OCA

GIORDANO BRUNO
EL LOCO DE LAS ESTRELLAS
MIGUEL ÁNGEL PÉREZ OCA



Editado por

ISBN: 978-84-92509-52-2

c/Antequera, 2

28041 Madrid

www.equiposirius.com

info@equiposirius.com

*A mi hermana Conchi,
mi primera y más paciente lectora,
a cuya ausencia no
me acostumbraré nunca.*

«Yo creo y entiendo que más allá del límite imaginario del cielo sigue existiendo región etérea y cuerpos mundanos, astros, tierras, soles, todos absolutamente perceptibles en sí mismos, para los que están en ellos o cerca, aunque no sean perceptibles a nosotros por su lejanía o distancia (...) ¿Por qué, pues, en torno a esas luces que son soles no vemos girar otras luces que son tierras (...) ? La causa es que nosotros vemos los soles, que son los cuerpos más grandes, incluso grandísimos, y no vemos las tierras, las cuales resultan invisibles por ser cuerpos mucho menores. Tampoco es contrario a la razón que haya también otras tierras que giren alrededor de este sol y no sean visibles a nosotros, por su

mayor distancia o por su menor dimensión...»

Giordano Bruno (*«Del infinito, el Universo y los mundos.»* - 1584)

«Grandes son realmente las cosas que en este breve tratado propongo a la visión de los estudiosos de la naturaleza. Grandes, digo, tanto por la excelencia de la materia de que tratan como por su novedad (...) Gran cosa es añadir a la numerosa multitud de las estrellas fijas que hasta nuestros días se han podido percibir con la natural facultad visual, otras innumerables estrellas nunca vistas (...) Magnífico y apasionante espectáculo es ver (...) que la Luna no está de hecho revestida de una superficie lisa y pulimentada, sino escabrosa y desigual, y como la de la Tierra recubierta en todas partes de grandes prominencias, de profundos valles y de anfractuosidades (...) Pero lo que supera con creces todo lo imaginado (...) es el descubrimiento que

hemos hecho de cuatro estrellas errantes, que (...) tienen sus revoluciones en torno a una determinada estrella bien conocida (Júpiter) (...) He descubierto y observado todas estas cosas (...) con la ayuda de un anteojo que he imaginado no sin antes haber sido iluminado por la gracia divina.»

Galileo Galilei («*El mensajero de las estrellas*» -
1610)

«¿Es verdad que (Galileo) ha descubierto estrellas que giran en torno a otras estrellas?»

Wackher von Wakhenfelss a Johannes Kepler.
(Respuesta de Kepler a «*El mensajero de las estrellas*»)

«...Cuando se condena injustamente a un hombre, sus jueces se ven obligados a mostrar una mayor severidad a fin de

disimular su inadecuada aplicación de la ley.»

Galileo Galilei (Carta a Nicole Fabri de Peiresc)

INTRODUCCIÓN

Desde la muerte de Copérnico y la publicación de su libro «De revolutionibus orbium caelestium», en 1543, hasta la muerte de Galileo y el nacimiento de Newton, en 1642, transcurrió el siglo más apasionante de la Historia de la Ciencia. Se puede decir que el ser humano tardó cien años en abrir los ojos a la realidad. Y en el transcurso de ese lapso maravilloso, su mente cambió radicalmente de presupuestos.

A mediados del siglo XVI, dos tendencias intelectuales se disputaban la primacía en

universidades, tertulias y librerías de Europa. La doctrina oficial, sustentada por las Iglesias, tanto católica como reformadas, así como por la mayoría de los implicados en la docencia, era el Tomismo escolástico, adaptador al Cristianismo de las enseñanzas de Aristóteles. Su idea del sabio correspondía al filósofo «peripatético», generalmente un erudito o, como decía Bruno, «pedante gramático o matemático», que no se planteaba para nada la investigación o la especulación propia, sino la aceptación dogmática de lo dicho en su día por el viejo filósofo griego estudioso de la Naturaleza. Y frente a estos adocenados detentadores de la cultura establecida, se alzaban los humanistas, hijos del Renacimiento, generalmente adscritos al neoplatonismo y preocupados por los temas sociales. Gente apasionada, a menudo llevaban el idealismo de Platón y de Plotino a sus últimas consecuencias, sumiéndose en raras porfías con la alquimia, el hermetismo y la cábala; lo que les llevaba en algunos casos a reivindicar la figura del mago, aquél que es capaz de establecer

vínculos con las Ideas Perfectas del mundo espiritual, obteniendo así la capacidad de alterar el orden de las cosas en este mundo material. Sólo unos pocos y raros ejemplares de indagadores independientes habían constituido hasta entonces el embrión de lo que hoy conocemos por ciencia: Ockham, Roger Bacon, Telesio...

La obra de Copérnico fue como un aldabonazo que sacudió las conciencias de los intelectuales europeos e inició una nueva etapa en la historia del pensamiento. Gentes de todas las tendencias se pararon a pensar en las consecuencias de esta asombrosa posibilidad: la Tierra se mueve y nosotros con ella, alrededor del Sol. ¿Y qué más? Bruno era un neoplatónico, hermético y apasionado; y desde estos principios sacó sus propias conclusiones filosóficas, intuyendo un Universo infinito, plagado de soles y mundos habitados. Galileo, aristotélico de formación, pero experimentador riguroso, físico revolucionario y creativo, quiso demostrar la veracidad del copernicanismo mediante el

empleo del telescopio. Kepler, a medio camino ideológico entre ambos, místico empeñado en averiguar la armonía divina del Universo, pero matemático genial, descubrió las leyes que rigen el movimiento de los planetas. Los tres sufrieron las consecuencias de su osadía. Bruno murió en la hoguera, Galileo fue obligado a abjurar de sus descubrimientos y condenado a arresto domiciliario de por vida, Kepler tuvo una existencia llena de sobresaltos e infortunios. Ellos fueron los héroes y las víctimas de aquella portentosa rebelión de los astrónomos que acabó derribando la cultura y la fe tradicionales para traernos el nuevo mundo del racionalismo, donde la ciencia y la tecnología informan y conforman, para bien o para mal, la vida de los seres humanos. Después de ellos, no sólo la Astronomía, sino todas las ciencias, sufrirían un desarrollo vertiginoso; pues el ideal de sabio ya había cambiado de concepto. Ahora, un sabio ya no era un filósofo erudito en la obra de Aristóteles, ni un mago ducho en los encantamientos de Hermes Trimegisto, sino un

científico, un experimentador, el «Ensayador» que creara Galileo, el que practica el «Método» de Descartes. El máximo exponente de esta nueva clase de personas fue Isaac Newton, quien ya no encontraría problemas sino protección, por parte del poder establecido, para realizar su labor; y que completaría con su Ley de la Gravitación Universal la revolución iniciada en el siglo precedente. Platón y Aristóteles, derrotados al fin, se fueron para siempre por donde habían venido, llevándose consigo los cadáveres de la vieja física, de la alquimia y la astrología. Cien años y el sacrificio de varios hombres geniales habían obrado el prodigio.

En la madrugada del 17 de febrero del año 1600, Giordano Bruno fue quemado vivo en el Campo dei Fiori de Roma, por orden de la Santa Inquisición. Su delito había consistido en decir y publicar que el Universo es ilimitado, sin centro ni bordes; que la Tierra da vueltas alrededor del Sol; que la Luna y los planetas de nuestro sistema son otros mundo; que las estrellas son

soles, alrededor de los cuales giran planetas habitados; que toda la materia del Universo está compuesta por átomos y que es la organización de éstos en formas, y no las «sustancias», lo que determina la entidad de las cosas, los seres y las personas. Él fue, sin duda, el primer ser humano que supo ver la inmensidad del Universo. Rompió para siempre la vieja imagen de la bóveda celeste para sustituirla por el espacio sideral, en una concepción tan grandiosa que se anticipó cuatro siglos a nuestra idea actual del Cosmos. Y pagó su atrevimiento con la vida, tras el gesto heroico de negarse a firmar una retractación de sus «herejías». También se le condenó por mantener peligrosas opiniones de índole religiosa y política, alguna de las cuales es de muy difícil interpretación. Se proclamaba adalid de una profunda revolución moral en la turbulenta Europa de la Reforma y la Contrarreforma, a la cabeza de la cual quiso colocar a Enrique III de Francia, a Isabel I de Inglaterra, a Enrique de Navarra o al mismo Papa Clemente VIII. Atacaba a la Iglesia

Católica, acusándola de haber traicionado las amorosas enseñanzas de los Apóstoles al emplear la fuerza y la coacción contra los disidentes; aunque también reprochaba a las facciones protestantes su justificación a través de la fe y su desprecio por el valor de las buenas obras. Pensaba que Dios y el Cosmos son una misma y única Realidad; que la religión verdadera y natural es la que practicaban los antiguos magos egipcios, corrompida después por el Judaísmo y el Cristianismo; que el alma del hombre y de todas las cosas, vivas o inanimadas, proviene de una sola alma universal, multiplicada en los infinitos átomos; que los planetas son seres vivos dotados de su propia voluntad e inteligencia; que la magia hermética da al sabio poderes sobre demonios y espíritus... Fue un eminente profesor de mnemotecnia, famoso por su prodigiosa memoria, y apasionado poeta y escritor, maestro en fabulosas metáforas y complejas representaciones, contradictorio, extremado, polémico, intransigente, orgulloso, confuso,

oscuro, misterioso y profundo, tanto en su vida como en su obra.

Como se ve, Giordano Bruno, además de ser el padre de geniales intuiciones cosmológicas y acertados juicios políticos y morales, elaboró un sinfín de teorías sobre todo lo humano y divino. Muchas de estas opiniones podrían tacharse hoy de descabelladas, peregrinas y anticientíficas. Pero el que entonces estuviera exento de pecado que tirase la primera piedra. Leamos a Kepler, en su respuesta al Nuncio Sidéreo, cavilando sobre la presunta riqueza de las experiencias vitales de los habitantes de Júpiter, gracias a la presencia en su cielo de cuatro lunas llenas de influencias astrológicas; o pretendiendo inscribir las órbitas planetarias en los sólidos perfectos, o en las notas de un pentagrama celeste. Veamos a Tycho, haciendo horóscopos en las cortes de Dinamarca y Praga. Galileo, en su explicación de la inercia, consideraba que ésta se da sólo en los movimientos horizontales, porque siguen la circunferencia de la Tierra en un movimiento circular perfecto, al que tiende naturalmente

toda masa; y su reverencia por esta idea aristotélica le impidió considerar debidamente las leyes descubiertas por Kepler. Quien sabe si de haberlo hecho no habría postulado la Gravitación Universal medio siglo antes que Newton; que, por cierto, practicaba la alquimia en sus ratos libres. Y Herschel, ya un siglo después, todavía creía que bajo su capa de fuego, el Sol podía abrigar un mundo frío de tierra, agua y aire poblado por seres inteligentes... para qué seguir. Eran gente que estaba saliendo de la Edad Media cultural, rompiendo valientemente con ella en un esfuerzo meritorio y arriesgado; pero que no siempre podían saber cuáles eran las ideas viejas que había que desterrar. Todos ellos, incluido Bruno, deben ser ensalzados por lo que acertaron... y en sus resabios medievales, merecen nuestra indulgencia. ¡Qué fácil lo tenemos ahora, cuando el método científico ya está sólidamente establecido y ha probado su efectividad!

La figura de Bruno tiene tal fuerza y su influencia entre los otros innovadores de la

época fue tan grande, que uno no se explica cómo este personaje no es considerado por la Historia a la altura de Galileo, Kepler y Newton, como un animador fundamental de la revolución iniciada por Copérnico. La razón, quizá, estriba en su condición de penosa muestra de la conducta cerril y prepotente de sus jueces, cuyos aliados y herederos han intentado echar tierra al asunto durante muchos años. Hay autores que se esfuerzan en desprestigiar a Bruno resaltando sus veleidades esotéricas por encima de sus aciertos cosmológicos. Otros, esotéricos de nuevo cuño ellos, también se ocupan de esa faceta de nuestro sufrido pensador, tratando de arrimar el ascua a su sardina. Y entre ambos nos alejan del verdadero e interesante Bruno. Quieren ver huellas de hermetismo en cada una de sus frases y actitudes ; cuando, de los más de cuarenta libros por él escritos, sólo cinco versan explícitamente sobre la magia. ¿Por qué se le han perdonado o disimulado a Kepler sus elucubraciones astrológicas y no se hace lo mismo con Bruno? ¿Por qué ese insano interés

de algunos en hacernos creer que, después de todo, no era más que un enloquecido y fanático ocultista? Quizá, pienso yo, porque de esa manera se trata, más o menos intencionadamente, de minimizar la barbaridad que con él se perpetró.

Y es que con Bruno, además de un crimen legal imperdonable, se cometió el error más estúpido e inoportuno de todos los tiempos. Las secuelas de su proceso entorpecieron la marcha de la ciencia en los países católicos mediterráneos a través de varios siglos de atraso tecnológico, frente a unos europeos protestantes, y católicos franceses, que, libres de complejos, obtuvieron el liderazgo cultural que aún hoy prevalece. Hasta fechas muy recientes, la Iglesia oficial no estuvo preparada para asumir la autoría de esta injusticia; lo que la llevó, en primer lugar, a forzar la humillante retractación de Galileo y, consecuentemente, a no admitir el Sistema Copernicano hasta 1822; y a proclamar santo y doctor de la Iglesia a un inquisidor, Roberto Bellarmino, ¡en 1930!... Pero, por otro

lado, justo es reconocerlo, el pueblo católico siempre ha albergado en su seno saludables aunque minoritarias tendencias progresistas que proporcionan la levadura para las necesarias transformaciones. El papado de Juan XXIII y su Concilio Vaticano II son una buena muestra de ello y marcaron un decisivo punto de inflexión al respecto, pese a las reticencias que aún hoy despiertan en ciertos ámbitos. Y así, en 1992, la memoria de Galileo recibió por parte del Papa Juan Pablo II la reparación que merecía. En cuanto a Bruno, parece que al fin ha llegado el momento de la reconciliación.

En la revista «*Tribuna de Astronomía*», números 138, de mayo de 1997, y 148, de marzo de 1998, publiqué dos artículos: «Giordano Bruno, el loco que rompió la bóveda celeste» y «Aciertos y errores en la cosmología de Bruno», que fueron muy bien recibidos en el mundillo de los astrónomos aficionados. Mi intención ahora es escribir una novela que pudiera mostrar al público en general el drama de Bruno y sus

consecuencias históricas; cuya primera víctima, como ya se ha dicho, fue Galileo.

No se sabe si Bruno y Galileo llegaron a conocerse personalmente, dado que ambos frecuentaron las tertulias del Palacio Morosini en las fechas en que Bruno fue arrestado. Personalmente, creo que el siguiente párrafo de la contestación de Kepler al «Nuncio Sidéreo» de Galileo es muy significativo: *«...Por el contrario, Waker creía que estos nuevos planetas giraban, sin duda, alrededor de alguna de las estrellas fijas (cosa que hacía ya mucho tiempo me había argumentado basándose en las especulaciones del cardenal de Cusa y Giordano Bruno), de modo que si hasta ahora se habían escondido allí cuatro planetas, ¿qué debía impedirnos creer que tras este descubrimiento se tenían que detectar allí a continuación otros muchos ? Por lo tanto, o el mundo éste es infinito, como querían Meliso y el autor de la Filosofía Magnética, William Gilbert, o como pensaban*

Demócrito y Leucipo y, entre los más modernos, Bruno y Bruce, amigos tuyo y mío, Galileo, hay otros infinitos mundos (o Tierras, como dice Bruno) semejantes a este...». Estas palabras parecen insinuarnos dos cosas: la amistad entre Bruno y Galileo, conocida por Kepler, y la evidente influencia que las ideas cosmológicas de Bruno ejercieron sobre los dos matemáticos. No es pensable que la palabra «amigo» sea una metáfora sobre la opinión favorable que les merecía la obra de los aludidos, dado que Bruce, o Butio, no era ningún autor conocido, sino un oscuro contemporáneo de Kepler y Galileo que a menudo les servía de corresponsal.

Me he permitido la licencia de suponer que, efectivamente, los dos sabios fueron amigos y convivieron durante una corta temporada. Y alrededor de esta circunstancia, vista desde el lecho de muerte de Galileo, se ha construido este relato que, por otra parte, intenta reflejar, si no exhaustivamente la compleja biografía de estos dos gigantes del pensamiento, sí el espíritu

y las razones de sus conductas y las de sus coetáneos ; respetando en todo momento la verdad histórica.

El 17 de febrero del año 2000 se cumple el cuarto centenario de la ignominiosa ejecución del sabio de Nola, sin que, según mi criterio, su figura y su obra hayan sido suficientemente reconocidas. Con la confección y eventual publicación de esta novela se hace patente el profundo respeto y la admiración que su autor siente por Giordano Bruno ; dentro del ámbito general de reconocimiento multitudinario que se merece este original filósofo y mártir de la libertad.

Alicante, 8 de junio de 1999

Miguel Ángel Pérez Oca.

1ª PARTE

I-

LOS PAPELES DEL TIO PEDRO

Cuando recibí la noticia de la muerte del tío Pedro, se apoderó de mi ánimo un hondo pesar. Sólo lo traté unos días, cuando mi visita a Belorado, pero su persona quedó para siempre incluida en el panteón de mis más firmes afectos. La carta de su hijo Arturo me decía que el tío Pedro había muerto días antes, tras una penosa enfermedad agravada por sus muchos años; pero que en todo momento había conservado lúcidos sus pensamientos. La última madrugada se acordó de mí y le pidió a sus hijos que me enviaran un paquete con los viejos papeles de su hermano Miguel. Ellos, decía, eran gente de campo, labriegos que sabían leer en las nubes y las cosechas, pero a los que los libros servían de poco. Yo, en cambio, era un hombre de ciudad, con estudios, que sabría apreciar aquellos legajos antiguos y misteriosos, traídos

por su hermano de Dios sabe dónde tras la guerra civil.

Días después, por medio de una agencia de transportes, me llegó una caja de cartón, primorosamente embalada y protegida de golpes, que contenía los preciados documentos. Al abrirla, encima de todo, encontré una impersonal misiva de mis primos Arturo y Miguel y una cuartilla arrugada en la que, con temblorosa caligrafía, se leía: «A mi sobrino Miguel, que sabrá sacar de estos papeles el provecho que merecen», y la firma del tío Pedro, apenas legible.

Me vino a la memoria su rostro curtido y apacible, con la boina siempre calada hasta las cejas y el eterno palillo colgando de la comisura de sus labios, en sustitución del prohibido tabaco; y recordé con placer el interesante viaje que, hacía unos años, me había llevado a Belorado.

Hace algún tiempo encontré entre los papeles familiares una partida de bautismo de mi abuelo Arturo, padre de mi madre, en la que figuraban

sus abuelos: Policarpo y Biviana, por parte de padre, y Juan y Dominica, por parte de madre. Nada sabía de estos mis tatarabuelos, salvo que Policarpo, natural de Villambistia (Burgos), había sido carabinero y que mis tatarabuelas Biviana y Dominica eran hermanas; por lo que mis bisabuelos maternos, Eusebio y Perfecta, serían primos hermanos.

De Eusebio Oca, mi bisabuelo, sí lo sabemos todo, gracias a su hoja de servicios que se conserva en la familia. Nacido en Rincón de Soto (Logroño) el 5 de marzo de 1849, ingresó muy joven en el ejército, de simple soldado. Participó en la Gloriosa de 1868 y se distinguió en muchos combates de la tercera guerra contra los carlistas (Convento de San Vitores, Medina de Pomar, Batalla de Treviño), en los que obtuvo medallas y ascensos. Pasado al cuerpo de carabineros, fueron muchos sus destinos, ascendiendo a capitán tras una fantástica aventura contra unos insurrectos venidos de Francia, que lo secuestraron en Valcarlos y de los que se escapó, volviendo con su propia

unidad y derrotándolos. Destinado en la comandancia de Alicante, puerto de Torreveja, sus hijos hallaron acomodo en esta provincia para sus respectivas profesiones, casando algunos de ellos con alicantinas. Se jubiló de Teniente Coronel Jefe de la Comandancia de Granada y vino a pasar sus últimos años en la ciudad de Alicante, donde falleció el 19 de noviembre de 1920.

Eusebio Oca fue el fundador de un nutrido clan, residente su mayoría en esta capital mediterránea. Varios nietos, hijos de sus cuatro hijos varones, y multitud de bisnietos, como yo, y tataranietos, formamos hoy día la familia. Pero, ¿cuál es nuestro origen? Eusebio había nacido circunstancialmente en Rincón de Soto, pero su padre, como ya he dicho, era natural de Villambistia. Consultado un mapa comprobé la vecindad del pueblo de Villambistia con los Montes de Oca, el río Oca y pueblos como Villafranca y Santo Venia, que completan su nombre con las palabras «de los Montes de Oca» o simplemente «de Oca». Deduje de todos estos

topónimos que Oca es un apellido que designa una procedencia geográfica y se apoderó de mí el deseo de visitar el lugar donde nacieron mis raíces.

Tuve la feliz idea de escribir una carta al párroco de Villambistia, quien me puso en contacto con el tío Pedro, descendiente colateral de mi tatarabuelo y, por tanto, lejanísimo pariente mío. Y este amable anciano me ofreció su casa en Belorado, un pueblo próximo a Villambistia, así como su colaboración más desinteresada en mis pesquisas familiares.

Había salido de Alicante muy de mañana, pasando por Madrid, que crucé por el río motorizado de la M-30. Antes de llegar a Burgos, ya a la vista de las airosas agujas de su catedral, giré a la derecha por la carretera de Logroño, encontrándome, a los pocos kilómetros, con las impenetrables selvas de robles de los Montes de Oca. Tras muchas revueltas entre los bosques, me vi atravesando Villafranca-Montes de Oca. Sentía en mi ánimo una rara sensación al pasar junto a las

pintorescas edificaciones y los campos de trigo: era como si regresara a un lugar en donde jamás había estado.

Y así llegué a Belorado, villa próspera, con industrias de piel y maderas y residencia veraniega de familias vascas. Las calles tortuosas, la bonita plaza aportalada, las ruinas de su castillo y de la Iglesia de San Nicolás, son testigos de quien sabe qué acontecimientos antiguos. Allí me quedaría a dormir en casa del tío Pedro y de allí partirían las excursiones que hicimos durante la semana que duró mi visita.

Acompañado por el tío Pedro y el padre Martín, el párroco, visité la zona, subyugado por la particular personalidad de sus pueblos y sus campos. Villambistia es, hoy día, una población casi abandonada. Las casas, construidas con troncos y argamasa, deforman sus fachadas en posturas extrañas. En una plazuela solitaria, de límites indeterminados, una vetusta fuente de cuatro caños mana insensible al peligro de verse aplastada por la espadaña de una ermita tan inclinada hacia delante que se diría intenta beber

de sus aguas. Arriba del todo, la antigua iglesia y entre las casas dispersas, apenas dispuestas en imprecisas calles, las malezas, los árboles y los riachuelos componen el paisaje. Todo parecía haberse quedado dormido, mágicamente, el día en que mi tatarabuelo abandonó el pueblo para hacerse carabinero. ¿Y los habitantes? Sólo unos niños y dos viejos a la vista ; y unas pocas casas con señales de estar ocupadas.

Allí pude fotografiar el acta de bautismo de mi tatarabuelo Policarpo Julián Oca, nacido el 26 de enero de 1814, exactamente 130 años antes que yo ; así como la de un hermano, Liborio, nacido en 1819, que resultó ser el bisabuelo del tío Pedro. Eran hijos de Melchor de Oca (hacia atrás, el apellido lleva una “de” que desapareció en las generaciones posteriores) y Josefa Badillo. Encontramos el acta de bautismo de Melchor de Oca, nacido en 1780, hijo de Jacinto de Oca y de María de Puras, y nieto de Diego de Oca y de María García. Así, de pronto, mi familia se extendió en el tiempo hacia el pasado, hasta ese Diego de Oca,

bisabuelo de mi tatarabuelo, que debió nacer, calculo yo, entre 1710 y 1730. Por la vía del apellido Oca no se podía retroceder más allá por no ser Diego y Jacinto de Oca nativos de Villambistia, sino de Espinosa del Camino, pueblo vecino al otro lado de la carretera, cuyos libros de bautismos se guardan en Burgos. Por la línea materna sí que se hubiera podido proseguir la búsqueda en los libros de Villambistia, cuyas más antiguas anotaciones datan del siglo XVI. Puede que algún día vuelva para continuar por ahí mi investigación.

Animado por la vista de tantos papeles antiguos, el tío Pedro decidió mostrarme los documentos de la familia: viejas partidas de bautismo, matrimonio y defunción de labriegos castellanos, entre los que aparecía, de vez en cuando, el óbito de algún que otro cura o monja. Al llegar a la generación del tío Pedro, su rostro se volvió mortecino, permaneció quieto, indeciso, ante una caja de cartón que contenía los papeles de sus hermanos Miguel y Arturo. Se quitó la eterna boina, dejando ver una espesa

cabellera blanca que antaño debió ser rubia o pelirroja y se hurgó los dientes con el palillo que siempre colgaba de su boca. Al fin se decidió a destapar el envase, mientras me hacía un corto resumen de la historia de mis dos tíos lejanos. De los tres, sólo él siguió la tradición agrícola y se ocupó de las tierras comunes. Miguel se fue a Burgos a estudiar para cura y demostró una gran capacidad. Estuvo en Roma antes de obtener una parroquia en un histórico pueblo de Andalucía. Habría llegado a obispo si la guerra no hubiera truncado sus proyectos y su vida. Su hermano Arturo estudió para maestro de escuela y se marchó a Barcelona, donde se hizo anarquista y activo dirigente sindical. Al terminar la guerra, un día, apareció por Villambistia el pobre Miguel, consumido por la fiebre y la debilidad. Al estallar el conflicto, había tenido que huir y refugiarse en casa de unos feligreses, mientras veía arder la vieja iglesia que había regentado por unos años. Permaneció meses escondido en un desván frío y húmedo, donde se quebrantó para siempre su salud; hasta que

consiguió escapar a la zona franquista e ingresó en un hospital con la doble condición de enfermo crónico y capellán. Por todo equipaje trajo a su casa una raída maleta con libros y papeles, de los que nunca se separaría en el poco tiempo que le quedaba de vida. Todavía tuvo ánimos para viajar a Barcelona, acompañado de Pedro, y hacer valer su influencia en los medios eclesiásticos para salvar la vida de Arturo, que estaba sentenciado por los tribunales de los vencedores. Pudieron traérselo a Villambistia, muy enfermo, y antes de seis meses, los dos hermanos, víctimas de una estúpida guerra fratricida, habían muerto de tuberculosis.

El tío Pedro quedó solo con las tierras de la familia y los recuerdos de sus dos hermanos. Vinieron tiempos mejores y, como muchos, se mudó al vecino y próspero Belorado, dejando la casa de Villambistia abandonada en medio de un pueblo fantasma y una corte de dolorosos recuerdos. Se trajo pocas cosas de Villambistia, solo algún retrato y los papeles de Miguel, que nunca fue capaz de leer.

Me mostró la caja abierta y me ofreció la oportunidad de desentrañar los pensamientos de aquel hombre inquieto y enfermizo, cuya meticulosidad se adivinaba en el orden impuesto a los legajos, primorosamente atados con cintitas, numerados, titulados y clasificados en listas aparte. Había en el paquete varios libros de Astronomía y muchas páginas escritas de alguna novela o ensayo a medio terminar. Manifesté al tío Pedro mi admiración por aquellos papeles y me lamenté de no tener tiempo para estudiarlos con detenimiento. Él me regaló uno de los libros, «La Historia de los Cielos», editado en Barcelona a finales del siglo pasado, así como un opúsculo de divulgación astronómica firmado por Camilo Flammarión. Y me hizo prometer que el próximo verano lo pasaríamos juntos en sus tierras de Villambistia, donde yo podría leer todos aquellos documentos, cuyo contenido investigaría para satisfacción de la curiosidad de ambos.

Desgraciadamente, no pude cumplir mi promesa aquel año ni los siguientes. Y ahora me

veía delante de aquellos curiosos papeles, heredados de forma tan inesperada. Durante días estuve husmeando los escritos del padre Miguel, luchando por descifrar su menuda y nerviosa letra. Empezaba a cansarme de desenterrar recuerdos y opiniones ajenas, que nada o poco me importaban, cuando tropecé con una gruesa libreta cuadriculada en cuya primera página, con una caligrafía más inteligible que la habitual, figuraba un título que me llenó de interés :

«Traducción del latín al castellano de un manuscrito hallado en la sacristía de la Iglesia de San Práxedes del pueblo de Aznarejos de la Sierra».

En la segunda página me encontré con el increíble comienzo de una historia, no sé si verdadera o apócrifa, cuya lectura no podría ya abandonar, a despecho de mis otras ocupaciones. Decía así:

«Yo, Galileo Galilei, toscano, de 77 años de edad, encontrándome en plenas facultades mentales, pero ciego y postrado, con la salud tan

quebrantada que temo hallarme en vísperas de la muerte, he decidido confiar a este amanuense y amigo, cuyo nombre no diré por no comprometerle, la confección del presente documento donde me propongo relatar una parte de mi historia que ha permanecido oculta por prudencia, pero que mi conciencia me impele a revelar, al menos para que en un futuro en el que los tiempos se muestren más favorables a la expresión libre de las ideas, las futuras generaciones tengan conciencia de la verdadera importancia que para el progreso de la Ciencia y de la Filosofía Natural tuvo la heroica vida de un sabio, llamado Giordano Bruno, condenado injustamente por la Inquisición. Este escrito será confiado a la custodia de mi oculto amigo que, por ser extranjero, podrá esconderlo lejos de la vigilancia que sobre mi persona y casa se ejerce, hasta que su prudencia o su valor lo estimen oportuno...»

El resto del relato ocupa los siguientes capítulos de este libro.

Sin embargo, debo advertiros, para que no os resulte chocante, que así como el argumento se ha respetado párrafo por párrafo, su texto ha sido redactado de nuevo a la manera actual, con el fin de hacerlo más comprensible y de dotarlo de una mayor frescura y amenidad; virtudes éstas de las que, según mi criterio, carecía el trabajo original, demasiado respetuoso con el lenguaje y la manera de escribir propias del siglo XVII. No os extrañe, pues, encontrar vocablos o giros que Galileo no hubiera utilizado jamás, pero que de haberlos dejado en su forma primitiva, resultarían oscuros, enrevesados o equívocos para el lector; obligándonos, además, a recurrir continuamente a las notas a pie de página que, personalmente, detesto. En todo caso, si algún purista se siente defraudado, sepa que yo soy el único responsable del desaguizado.

Otra advertencia: Los párrafos en letra *cursiva y negrita* pertenecen a citas literales de textos de la época, debidamente traducidos, que, en algunos casos, se han incorporado al relato.

Espero que la historia sea de vuestro agrado.

II.-

LA FIESTA DE MOROSINI

Diré, antes que nada, que conocí a Bruno en 1592, en una de las famosas fiestas que el señor Morosini daba en su palacio de Venecia. Yo venía de Pisa, donde había sido profesor. Era joven y estudioso, empeñado en merecer un puesto de catedrático en la cercana Universidad de Padua. De momento, me habían contratado como profesor interino, prefiriéndome al prestigioso pero temible Giordano Bruno, cuya aspiración a la cátedra habían rechazado. Sin duda, el personaje parecía demasiado polémico a los responsables de la Universidad; así que decidieron contratar a un novato como yo, antes que comprometerse con alguien cuya fama de conflictivo y subversivo les llegaba en forma de escandalosos rumores desde toda Europa.

Bruno había llegado a Venecia invitado por Mocenigo, un tipo riquísimo y desagradable, perteneciente a la cúpula política y financiera de la Serenísima República. En cuanto a mí, unos amigos, profesores jóvenes de Padua como yo, me llevaron esa noche al palacio de los Morosini. Allí tenían lugar las más interesantes tertulias intelectuales de la ciudad. Andrea Morosini era un gran señor, le gustaba rodearse de sabios y artistas, darles de comer, calentarles la lengua con exquisitos vinos y hasta con los favores de alguna dama cómplice y dejar que las más atrevidas hipótesis se debatieran libremente en su presencia. Le fascinaba el peligroso juego que suponía rozar los límites de lo permitido por la Inquisición local, protegido como estaba por su inmensa fortuna y su consiguiente poder político. La discusión prohibida, el amor prohibido, los pecados más refinados eran sus más estimados pasatiempos. Yo me sentía perdido en aquel palacio lleno de exquisitos peligros...

Cuando entré en el salón con mis amigos, el señor Morosini y otros invitados, damas y caballeros, conversaban animadamente, mientras los criados servían aperitivos. No conocía al anfitrión, pero la atención que suscitaba en los demás me reveló en seguida su personalidad. Alto y delgado, vestido con una elegancia exquisita, de ademanes delicados sin llegar al amaneramiento, se rodeaba de damas obsequiosas, cuyos acompañantes se quedaban en un prudente segundo plano. Una mujer hermosísima le susurró algo al oído, mirándome con descaro, mientras yo me acercaba.

Morosini saludó primero a cada uno de mis compañeros y después esperó a que me presentaran.

- ¿Quién es este joven a quien tengo el honor de recibir en mi casa?

- Oh, ¿no lo sabéis?- se adelantó la dama. Es el maestro Galileo Galilei, el nuevo profesor de Padua.

Dediqué una galante reverencia a la señora y di la mano al anfitrión.

- He escuchado muy buenas opiniones sobre vos, joven profesor - me dijo, mientras me estudiaba con interés-. Luego, si os apetece, hablaremos de vuestros proyectos en la Universidad.

- Con mucho gusto, mi señor Morosini.

Hizo un amplio ademán hacia el bufet donde los criados servían bebidas.

- Consideráos en vuestra casa. En cuanto estemos todos, pasaremos al comedor.

Me serví una copa, mientras la dama y Morosini quedaron cuchicheando, mirándome de soslayo. Por las expresiones de ella, deduje que no sólo hablaba de mis excelencias científicas, sino que hacía alusión a otras virtudes más mundanas.

Con la copa en la mano volví a acercarme al grupo, en el momento en que la dama preguntaba por los invitados que faltaban por llegar y Morosini le respondía que sólo esperaba a otros dos, el señor Giovanni Mocenigo y su protegido.

La dama se mostró muy divertida, yo diría que excitada.

- ¿Su protegido? ¿Os referís a ese vehemente y magnífico loco que vive en su casa?- dijo, lanzando una mirada de entendimiento a su alrededor-. Lo de vivir es una forma de hablar; pues parece que duerme más noches en las tabernas que en el palacio de su mecenas.

Morosini asintió complacido.

- ¡Qué estupendo personaje es ese Bruno!, ¿verdad? Nunca he visto a un tipo tan interesante: desordenado y pendenciero, a la vez que sabio y místico... ¡Y qué osadía la suya atreviéndose a volver a Italia, reclamado como está por la Inquisición de Roma! Ojalá venga pronto, aunque tengamos que aguantar al idiota de su protector.

En ese preciso momento, un criado anunció la llegada de los dos esperados comensales. Mocenigo era un tipo de rostro vulgar y gestos comedidos, yo diría que calculados; su atuendo, el típico de un señor veneciano, excesivamente atildado, cuidadoso en los detalles más ínfimos.

Todo él desprendía una sensación de frialdad, de cautela; muy distante del señorío bonachón a la vez que enérgico de su anfitrión Morosini. Después supe que los dos patricios mantenían una fuerte rivalidad en el Consejo de los Senadores veneciano y que sólo la cortesía y el deseo de tener como invitado a Bruno movían al dueño de la casa a recibir a aquel desagradable personaje. En cuanto a Bruno, sólo su vista ya era un estupendo espectáculo. Vestido con ropas extrañas, quizá traídas de su estancia en Inglaterra, de tonos austeros y estado bastante deteriorado, parecía no tener ningún interés en cuidar su aspecto. Era un hombre bajito y nervioso, de cabello negro y desordenado. En su rostro anguloso, los ojos brillaban como dos ascuas inquietas. Un poblado bigote le daba el aspecto de uno de esos sureños vehementes y cabezotas que tanto abundan a los pies del Vesubio. Pero sus gestos, sus ademanes y, sobre todo, sus palabras, revelaban enseguida a una persona absolutamente singular, en cuyo interior debían bullir ideas y pasiones nada comunes.

Morosini se mostró muy animado ante la llegada de los dos últimos invitados.

- ¡Vaya! ¡Hablando estábamos de la cuerda y el pozal! Bienvenidos a esta humilde casa, señor Mocenigo, maestro Bruno.

Los interpelados hicieron una reverencia que fue contestada por los demás asistentes. Después, obediente al protocolo, Mocenigo pronunció la obligada frase cortés.

- Mi señor Morosini, es un honor compartir vuestra mesa.

Pero Morosini, cuyo ingenio lo colocaba por encima de la cortesía, se permitió una broma mordaz.

-También os gustaría compartir mi escaño en el Consejo, ¿verdad?

Mocenigo intentó contestar con humor, en el mismo tono que su anfitrión.

-Amigo Morosini, nunca he aspirado a tanto. Con un solo sillón de consejero tengo bastante.

A lo que su interlocutor respondió, sin poder resistir la tentación irónica.

-Claro, claro. Y hasta os conformaríais seguramente con el «modestísimo» puesto de Dux de la Serenísima República.

Mocenigo era incapaz de seguir la broma hasta el final. El humor no era su fuerte. Así que adoptó un aire solemne y ofendido.

-Señor, ese puesto es electivo. Dios, con toda seguridad, ilumina a los próceres electores para que el designado sea el que más lo merezca, en bien de la Serenísima y su pueblo.

-¡Oh, qué retórica de político profesional! Os veo ya en el sillón supremo -insistía Morosini, que no daba su brazo a torcer-. Me han llegado rumores de que el maestro Bruno os está enseñando magia, con la cual podréis subyugar la voluntad de los consejeros y llegar así a la cumbre de la República.

Y entonces intervino Bruno, salvando a su mecenas del ridículo.

- Mi señor Morosini, por mucha magia que yo pueda enseñar a mi protector, no veo posible alcanzar ninguna cumbre en esta isla tan llana.

¡Cuando sube la marea hasta el mismísimo Dux se moja los tobillos!

Todos rieron la ocurrencia del filósofo; lo que Mocenigo aprovechó para confundirse con los demás invitados y a Morosini, harto ya de la broma, le dio ocasión para hacer las presentaciones.

-Mis queridos amigos, hoy tenemos aquí a dos invitados que vienen a esta casa por primera vez. En el transcurso de la cena espero que estableceremos con ellos una buena relación. Se trata de dos eminentes profesores: el joven maestro Galileo Galilei, nuevo profesor de Matemáticas en Padua, y el extraordinario filósofo y viajero incansable, maestro Giordano Bruno.

Yo dirigí una discreta reverencia a los presentes, pero Bruno hizo mucho más que eso. Se adelantó al centro de la sala y poniéndose la mano en el pecho, se inclinó saludando como un actor. Después, con voz alta y afectada, dijo:

-Señoras y señores, es para mí un alto honor sentarme a la mesa con la flor y nata de la

Serenísima República de Venecia. Permitidme que me presente a vosotros con las mismas palabras con las que lo hice ante los profesores de la Universidad de Oxford.

Alzó la cabeza, abrió los brazos, y recitó su presentación.

-Soy Filippo Giordano Bruno, el Nolano, doctor en la más recóndita filosofía, profesor de una sabiduría pura y benéfica, distinguido por las mejores academias europeas, renombrado filósofo, recibido honorablemente en todas partes, conciudadano de todos, excepto de los bárbaros e ignorantes, desvelador de las almas adormecidas, domador de la ignorancia presuntuosa y recalcitrante, representante de la filantropía universal, que no siente predilección por italianos o extranjeros, por machos o hembras, por cabezas mitradas o coronadas, por los hombres de toga o los de armas, por sacerdotes o seculares, sino por aquél que es más apacible, más civil, más leal, más

capaz; que no toma en consideración la testa unguada, la frente persignada, las manos lavadas, el pene circuncidado, sino - y ello permite conocer al hombre por su semblante - la cultura de la mente y el alma. Quien es odiado por los propagadores de idioteces e hipocresías, pero apreciado por los honestos y estudiosos, y cuyo genio es aplaudido por los más nobles de los hombres.

Decididamente, aquel individuo no era nada modesto, pero su afectada petulancia tenía la gracia de ser exhibida con la maestría de un consumado comediante. Los invitados, divertidos, aplaudieron el discurso; mientras Morosini, con la sonrisa de complicidad propia de quien sabe que tiene asegurado el espectáculo para sus amigos, anunció que la cena estaba servida.

Pasamos al comedor. Se trataba de una original sala, con una enorme mesa redonda en su centro, de forma que todos los comensales podían hablar y ser escuchados por todos ; a la manera de la mesa del Rey Arturo, según decía

su dueño. Alrededor, estanterías con libros, miles de libros, amplios ventanales a un lado, y al otro dos enormes cuadros que representaban, uno un mapa del Mundo conocido y otro, muy detallado y con cierta perspectiva, la ciudad de Venecia y sus alrededores.

Fuimos tomando asiento donde mejor nos convino. Bruno, apartando a algún comensal, se esforzó por colocarse al lado de la hermosa dama que antes departía con Morosini, y le besó la mano con ademanes un tanto teatrales.

- Mi señora Daniela, me pongo a vuestros pies.

La mujer rió divertida, ante la mirada condescendiente de Morosini.

- Oh, qué hombre. ¿Por qué os empeñáis en llamarme Daniela? Mi nombre es...

- No, no lo digáis- interrumpió Bruno, llevándose el índice a los labios-. Debéis llamaros Daniela para que pueda enamorarme de vos. He vuelto a Italia a buscaros. Dentro de poco viajaré a Noli y os hallaré en una modesta venta de la playa. Entonces habrá concluido mi

largo caminar para siempre. Mientras llega ese momento glorioso, vos para mí sois Daniela, la única mujer del Universo...

La dama que, por supuesto, no se llamaba Daniela, hizo un ademán de darse por vencida.

- No hay quien os entienda.

Morosini, dispuesto a no dejar una ocasión sin aprovechar, intervino.

- Cuando habláis del Universo, maestro Bruno, ¿os referís a ese Universo infinito que decís haber descubierto?

- A ese Universo, precisamente. Al único e infinito Universo. No hay otro.

Entonces el dueño de la casa me habló, mientras me taladraba con la mirada. Los demás comensales también me miraban; con lo que me sentí extrañamente acosado, entendiendo que se esperaba de mí que entrara a formar parte del espectáculo.

- Me gustaría saber lo que opina el joven Galilei de vuestro Universo infinito. Al fin y al cabo os ha arrebatado la cátedra a la que aspirabais en Padua. ¿No es así?

No pude por menos que dirigir a Bruno un gesto de humildad, como pidiendo excusas a mi eminente competidor. Él me miró por encima del hombro, entre burlón y curioso, y siguió hablando con la dama. Todos estaban pendientes de la conversación.

- El Señor Morosini no distingue entre un catedrático y un profesor interino- decía Bruno-. Tarde o temprano tendrán que concederme esa Cátedra. Lo que ocurre es que se toman un tiempo antes de arriesgarse a contratarme. En Toulouse ocurrió lo mismo y los alumnos acabaron amotinándose y exigiendo mis servicios.

Morosini seguía calentando el ambiente con sus frases irónicas.

- Pero os echaron a los pocos meses.

Bruno se volvió hacia Morosini, no sabría decir si enfadado o divertido. Estaba representando su papel en aquella comedia improvisada.

- ¡No, señor! La Universidad de Toulouse es uno de los pocos sitios de los que no he salido a

bofetadas. Me marché atendiendo al ruego de Su Majestad Enrique III de Francia, que creó una cátedra de mnemotecnia para mí en el Collège de Cambray.

-¿Es verdad que habéis conocido a la reina Isabel de Inglaterra?- preguntó la dama, intentado quizá bajar el tono airado de la conversación.

Bruno entornó los ojos. Por un momento creí adivinar en su gesto el enorme peso de sus recuerdos, después de una larga peregrinación por medio mundo.

- ¡Que magnífica mujer es esa reina! Qué carácter tan fuerte, qué belleza interior- decía entusiasmado, pero no pudo resistir a la tentación de la broma soez - y ¡qué fea es por fuera, la condenada!

Los criados habían empezado a servir los platos y las bebidas. Morosini aprovechó para ordenarles que aclararan la garganta de Bruno. De todos era conocido que, con el vino en el cuerpo, el filósofo se mostraba más brillante y locuaz.

- ¡Vamos! Servid vino al maestro Bruno. Presiento que hoy vamos a tener el honor de escucharle en una de sus mejores piezas de oratoria.

Bruno dejó que le llenaran la copa hasta el borde y se la bebió de un golpe. Después hizo un gesto autoritario para que se la llenaran de nuevo y, esta vez, fue saboreando el contenido lentamente, chasqueando la lengua.

- Ah, es vino andaluz. Lamento mucho no haber ido nunca a España. Allí no habría tenido tiempo de hablar entre copa y copa.

- Vamos, Bruno- insistía impaciente Morosini-, debatid con el joven Galileo sobre vuestro Universo lleno de soles y planetas.

-No. Hoy he venido a galantear a la señora Daniela y sólo a ella revelaré mis secretos conocimientos.

Parecía tener ojos sólo para la dama, pero estaba claro que seguía representando su papel.

-Mis palabras serán pronunciadas en alta voz, pero sólo estarán dirigidas a la más bella de las mujeres de este pequeño planeta que gira como

una peonza alrededor de una estrella llamada Sol. No voy a consentir que nadie interrumpa mi discurso... salvo el señor Galileo al que presumo lleno de argumentos aristotélicos.

Bruno me creía otro de esos pedantes profesores pisanos, cargados de prejuicios escolásticos; pero yo estaba dispuesto a lucirme ante la aristocracia veneciana. Había en juego nada menos que una cátedra. Y me preparé para el ataque en el momento adecuado. Mientras mi contrincante hablaba, yo planearía mi jugada...

El filósofo se puso de pie y entornó de nuevo los ojos. Todo el mundo estaba atento a sus palabras. De hecho, nadie había probado bocado todavía. Después de una estudiada pausa, comenzó a hablar. Ya no representaba un papel; era él mismo, Giordano Bruno en persona, exponiendo sus más queridas teorías cosmológicas.

- Decía Nicolás de Cusa que el Universo, si llamamos Universo a todo cuanto existe, necesariamente ha de ser infinito; pues todo aquello que hubiera más allá de sus límites,

aunque fuera espacio vacío, sería Universo también. Y aquello que es infinito, no puede tener bordes ni centro. ¿Entendéis? Si no hay centro, ¿dónde queda el argumento de Aristóteles? ¿Dónde está nuestro Mundo?

Creí llegada la oportunidad para intervenir y mostré mis objeciones a Bruno.

- Perdonad, maestro. Yo diría que Nicolás de Cusa es un filósofo que está bastante anticuado. Si queremos encontrar ideas revolucionarias, deberíamos analizar las de Copérnico, mucho más recientes y atrevidas. Según Copérnico, como sin duda sabéis, el Sol está en el centro del Universo, en lugar de nuestro Mundo. Me pregunto si vuestra cita de Nicolás de Cusa debe hacernos entender que pretendéis combatir a la vez contra las dos corrientes cosmológicas actuales, la nueva de Copérnico y la antigua de Ptolomeo y Aristóteles, en defensa de un filósofo pasado de moda, que ni siquiera se planteaba la posibilidad de que la Tierra estuviera fuera del centro del Sistema.

En lugar de mostrarse contrariado, Bruno pareció gratamente sorprendido y hasta satisfecho con mi intervención.

-Vaya, Galileo, me he equivocado con vos. Quizá os merecáis esa cátedra- dijo, mirando a su alrededor-. Esta noche va a ser interesante. Al fin he encontrado un rival digno de mi... Veréis, Galileo, el hecho de que la Tierra y los planetas giren alrededor del Sol no quiere decir que éste se encuentre en el centro del Universo. Yo estoy contra esa cosmología geocéntrica, miope y vulgar, de Aristóteles y Ptolomeo, que Tomás de Aquino terminó de echar a perder...pero voy más allá de lo que se atrevió Copérnico. Copérnico fue un pusilánime, y el que prologó su libro, un burro. Habían descubierto uno de los misterios más importantes del Cosmos y lo presentaron como un truco banal de matemáticos de feria.

Hizo una pausa, más para preparar a los demás que para prepararse a sí mismo.

-Pongamos que el de Cusa y Copérnico tienen razón a un tiempo: Si el Universo es

infinito, si la Tierra y los planetas giran alrededor del Sol, ¿qué hay en el resto del espacio? ¿Sólo vacío? ¿Sólo nada? Si Dios pudo crear innumerables mundos, ¿por qué habría de autolimitarse y fabricar sólo esta sucia y pequeña Tierra, una Luna ridícula, y otros cinco planetas alrededor de un único Sol? ¿Qué creéis que son las estrellas fijas? ¿Sólo puntitos en una bóveda negra?- me interrogaba impaciente, mientras yo, impresionado, negaba con la cabeza. Entonces, ¿qué pensáis que habrá más allá? Yo os lo diré. Las estrellas son otros soles lejanísimos, alrededor de los cuales giran infinitos planetas habitados por seres como nosotros. El Universo es tan enorme como el mismo Dios, porque es el cuerpo del mismo Dios.

Morosini, quizá sin medir el alcance de sus palabras, intervino, llevando la conversación a un terreno peligroso.

- Se diría que os proclamáis panteísta.

- ¿Y si así fuera?- contestó Bruno, desafiante- ¿Me echaríais de vuestra casa por hereje?

- Oh, no - dijo, desconcertado, Morosini-. Entiendo que sólo estamos filosofando, digamos..., en broma.

Bruno adoptó un aire solemne, repentinamente serio.

- Yo, cuando hablo de filosofía, nunca bromeo.

Se hizo un incómodo silencio. Entonces, inesperadamente, Mocenigo, que había permanecido callado todo el tiempo, se puso en pie con fingida indignación.

- ¡En esta casa se pronuncian herejías impunemente! - gritó, señalando a Bruno - ¡Todos sois testigos de lo que ha dicho este hombre!

Bruno se volvió hacia su patrón, más hastiado que sorprendido.

- Vamos, Señor Mocenigo. Habéis oído de mi boca estos mismos argumentos miles de veces, en vuestra propia biblioteca, y nunca os oí protestar.

La dama, alarmada, se dirigió por lo bajo a Morosini, señalando a Mocenigo.

- ¿Que planea ese imbécil?

Mocenigo abandonó el comedor tras dirigir a los presentes, y a Bruno en particular, unas duras frases que nadie hubiera esperado del ambiente inicial de aquella ya malograda cena.

-Me marchó de aquí escandalizado por lo que he tenido que escuchar. A partir de ahora, Bruno, os niego el amparo de mi casa.

Mientras Mocenigo salía con la cabeza muy alta, Morosini estalló en un ataque de indignación.

-¡Id a tomar el fresco, mamarracho! ¡Y no volváis a venir nunca a mis fiestas! - gritó mientras lanzaba hacia la puerta una fuente de carne, que se estrelló con estrépito contra las baldosas.

Después se serenó a duras penas y abarcó con la mirada a todos los presentes, en busca de apoyo moral.

-En cuanto a vos, Bruno, no os preocupéis; si Mocenigo os niega su casa, aquí tenéis la mía. Pero sed prudente, caramba, o nos vais a buscar un disgusto... Bueno, olvidémonos de este

incidente estúpido y sigamos comiendo, bebiendo y charlando en paz y armonía.

Pero lo cierto es que la fiesta estaba sentenciada. Todo el mundo apuró los platos lo más aprisa que pudo y la mayoría se fue despidiendo antes de pasar a la sobremesa. Tras los postres, sólo Morosini y su dama, así como mis amigos y yo, acompañamos a Bruno que, enfurruñado, bebía una copa tras otra de aquel vino español que tanto le había gustado. Pronto, el ambiente se volvió definitivamente inaguantable, ante la borrachera del sabio, que, ofendido, disgustado, desconcertado, quizá traicionado por su discípulo, ahogaba su despecho con frases inconexas.

-Vino español. Vinos de Andalucía, de Castilla, de las orillas del Ebro... fondillón de Alicante. Os conozco a todos, aunque jamás he visto vuestras cepas... ¡Ojalá hubiera marchado a España en vez de irme a Inglaterra! Al lado de los vinos españoles, los franceses y los italianos son una porquería... Hubiera estado borracho todo el tiempo. No habría tenido ocasión de

ocuparme del Universo, de ese maldito Universo de todos los demonios. ¡No aprenderé nunca a callar...! - y seguía apurando una copa tras otra, ante la mirada de conmiseración de los demás que, por otra parte, también habíamos decidido ahogar nuestra indignación en vino.

Morosini, tras un rato de silenciosa reflexión, nos manifestó su inquietud por la suerte de Bruno si se quedaba en Venecia. Quizá sería conveniente, nos decía, que nos lo lleváramos a Padua por unos días, hasta que se serenaran los ánimos y Mocenigo mostrara su juego. No creía que aquel estúpido se atreviera a denunciar a Bruno a la Inquisición, poniéndolo a él, a Morosini, en un brete; pero de un ambicioso de su calaña todo se podía esperar. Por otro lado, prefería no comprometer al senador Pinelli, de Padua, quien era miembro del partido de Morosini y amigo de Bruno, pidiéndole que lo alojara en su palacio. El asunto podría entonces adquirir indeseables derivaciones políticas. Así que sería mejor que Bruno se quedara en la casa de alguno de nosotros.

Y así fue como a medianoche metimos a Bruno en la barca, primero, y después en el carruaje, camino de Padua. Mis amigos eran todos padres de familia; así que decidimos que se instalara en la modesta casa que yo, el único soltero, había alquilado cerca de la Universidad. Durante unos días, Bruno sería mi huésped.

Recuerdo que, tumbado sobre nuestras rodillas, mientras el ajetreo del coche removía peligrosamente el contenido de sus entrañas, salían por su boca frases como ésta, en medio de un concierto de hipos y balbuceos:

-Imaginaos un Universo infinito, sin centro ni bordes, donde las estrellas flotan a su antojo, rodeadas de planetas habitados por gente más afortunada que nosotros... Ese espacio vacío e inmenso, cuya negrura me atrae y me aterrera... ¿Os lo imagináis? ¿No os asusta su grandiosidad?

Y nosotros asentíamos sobrecogidos.

-Bueno, ¡Pues ahora imagináoslo todo, todo lleno de mierda! ¡Ja,jaja...!

Tuvimos que parar varias veces para que vomitara, orinara o, simplemente, mirara las estrellas. Jamás hubo nadie como Bruno.

III- LA CELDA DESNUDA

Bruno pasó varios días en mi casa de Padua, durante los cuales apenas hice otra cosa que escucharle. Aquel hombre extraordinario me expuso sus más originales ideas y me contó su vida de intelectual maldito, mientras yo desatendía mis compromisos. Y lo más notable era lo bien que nos llevábamos pese a nuestras profundas diferencias teóricas y nuestros fuertes caracteres... Pero comencemos como debe hacerse, por el principio.

Tras un día inhábil, dedicado a reponernos de la resaca, su mente y su cuerpo volvieron a comportarse normalmente. Mientras cenábamos en una fonda vecina, comencé a merecer su confianza y decidió contarme su vida.

-Nací en Nola, cerca de Nápoles, en 1548, cinco años después de la muerte de Copérnico. Mi verdadero nombre de pila es Filippo. Mi padre, Joan, servía como soldado en el ejército de España. El pobre viejo y entrañable cascarrabias murió hace algunos años, según me dijeron. Mi madre, Fraulissa...No sé qué habrá sido de ella. Hace tiempo que no tengo noticias tuyas.

Bruno miró amargamente al suelo, pero pronto se repuso.

-Todavía me veo como un pajarillo, libre, volando más que corriendo por las campiñas a los pies del Vesubio; o dejado boquiabierto a los amigos de la familia, con mis ocurrencias precoces. Recuerdo a los viejos camaradas de armas de mi padre, en especial, a Luiggi Tansillo, el poeta, a quien en tan mal concepto tienen hoy las autoridades católicas, que incluyeron su obra en el Índice de Libros Prohibidos. Lo tacharon de obsceno, de lascivo, cuando su voz era el canto sincero, quizá insolente, de un ser humano que busca el secreto y la alegría de la vida...

De nuevo, una pausa emocionada.

-Pronto se descubrió en mí una habilidad natural: la memoria, que me permitía destacar en mis primeros estudios. Mis padres, haciendo un gran esfuerzo económico, me enviaron a casa de mi tío Agostino, para que pudiera acudir diariamente al *Studium Generale* de la Universidad Libre de Nápoles, donde me inicié en Lógica y Dialéctica. Pero, los recursos de mi familia eran muy limitados y yo estaba sediento de saber. El único camino que me quedaba para seguir estudiando era ingresar en una orden religiosa. A mí me repugnaba ser fraile, renunciar a mi libertad, a los placeres de la vida. No sentía la vocación, y mi amor por el saber, mi tendencia natural a la duda, a desconfiar de la autoridad intelectual, atemperaba mucho mi presunta fe. Iba a ser, lo sabía, un pésimo religioso; pero, ¿cual era la alternativa? ¿acabar de escribiente en el negocio de mi tío? ¿alistarme en el ejército español? La decisión de entrar en la orden de los dominicos, a los 17 años, fue la más penosa de mi vida; pero me permitió estudiar Filosofía,

Matemáticas y Teología.... Cuando finalicé el noviciado e hice mis votos, adopté el nombre de Giordano. Mi vida en el convento de San Domenico de Nápoles era un infierno. No podía soportar aquel ambiente rancio y corrupto. En el seno de la orden había hombres buenos, el rector, Ambrogio Pascua, era un santo, pero por las estancias del edificio se arrastraban algunos reptiles nauseabundos con cuerpo humano; seres celosos y mezquinos, con pasiones inconfesables, para los que un novicio hermoso era una codiciada presa. Por las noches, los jadeos y las risitas me llegaban a través de las paredes. Después, a la mañana, todo el mundo acudía a maitines con aire contrito y dignidad fingida. De aquella época me viene, sin duda, mi carácter rebelde e irascible. Me cabreé tanto con aquella panda de fariseos que todavía no me he serenado.

Bruno contuvo su rabia a duras penas, mientras yo, en silencio, asentía comprensivo.

-Fue por entonces cuando, a escondidas, pude leer las obras de Erasmo y Copérnico y

cuando decidí dejar desnuda mi celda de estampitas e imágenes de santos y vírgenes; tan sólo un austero crucifijo, sin crucificado, presidiendo la estancia. Ello y mi constante ánimo polemista, promovieron a mi alrededor un creciente y soterrado escándalo que culminaría con la denuncia anónima de alguno de mis compañeros, primero al rector, y como éste no prestara crédito a la acusación, al mismísimo Santo Oficio. Yo me había ordenado sacerdote a los 24 años y doctorado en Teología a los 27. Por entonces había escrito mi primer libro, «De Arca Noé», del que prefiero no hablar; y había descubierto la obra de Ramón Llull, de la que aprendí el arte de la mnemotecnia, que reforzó hasta límites espectaculares mi habilidad memorística. Un día cayó en mis manos la «Docta Ignorancia» de Nicolás de Cusa, y sus ideas sobre el Universo infinito me llenaron de inquietud. Repudié las enseñanzas de Aristóteles, sobre todo la manipulación que de ellas hacen los pedantes seguidores de Tomás de Aquino, y me adherí a

Platón y sus discípulos, buceando en las simas insondables de la doctrina de Hermes Trimegisto. Simpaticé con otro fraile que parecía tan inconformista como yo y me atreví a manifestarle mis dudas sobre la Trinidad. Ese fraile, Montecalchini, resultó ser un espía del Santo Oficio que me denunció por arriano en 1576. El rector, que me apreciaba sinceramente, me envió a Roma, donde esperaba que el procurador de la orden, Sixto de Luca, conseguiría enmendar mis errores sin mayores consecuencias para mi integridad física; pero acabé discutiendo con aquel viejo «chocho» y escapándome antes de que me detuvieran. Y así me vi huyendo por todo el norte de Italia, en un viaje clandestino, adoptando una identidad falsa y despojado de mi hábito de fraile. Me ganaba la vida dando clases particulares, pero tenía que cambiar continuamente de residencia por temor a ser descubierto. Hasta que un día llegué a un pueblo costero con un nombre muy parecido al de mi tierra natal; se llamaba Noli...

Sin embargo, me confió Bruno, todos estos recuerdos de juventud apenas contaban para él. De Nola a Noli su vida fue como la de una larva torpe y ciega, agarrada a una ramita, envuelta en un velo protector, antes de convertirse en un ser adulto, capaz de volar por encima de los árboles. Su verdadero nacimiento ocurrió en Noli, en el año 1578, cuando tuvo la revelación....

IV.- LA NOCHE DE NOLI

Me lo contó tantas veces, durante aquellos días, que aquel momento prodigioso ha quedado en mi memoria lleno de realidad; como si en vez de conocerlo de oídas, lo hubiera vivido en condición de privilegiado testigo.

Trataré de pintaros la escena.

Está anocheciendo. Las mansas olas mueren dulcemente en la orilla. Sobre un pequeño promontorio, un hombre de unos treinta años se arrebujaba en su capa, protegiéndose de la

humedad. Es un individuo de baja estatura y ademanes impacientes. Se ha sentado en el suelo, de cara al mar, y dibuja garabatos en la arena. Una tras otra, sobre su cabeza, van apareciendo las estrellas. De vez en cuando, su mirada se clava en las lejanías celestes mientras los cabellos le flotan al viento, descubriendo al despeinarse claridades que delatan la recién abandonada tonsura. Un descuidado bigote trata de disimular su condición de fraile fugitivo y ocultar su personalidad. Porque el maestro Filippo, profesor particular de Lógica, Matemáticas, Astronomía... en las casas ricas de la vecindad, es en realidad un proscrito por el Santo Oficio. La Iglesia le conoce con el nombre de fray Giordano Bruno, y le acusa de arriano, negador de la Santísima Trinidad. Aunque su verdadero pecado, que él no niega en absoluto, es el de reclamar el derecho a pensar y discutir libremente, a poner en cuestión cualquier cosa divina o humana; en definitiva, a buscar la verdad sin tuteladas impuestas y acertar o

equivocarse... o descubrir que se equivocan los jerarcas...

El cielo ya es terciopelo bordado de estrellas. Bruno, de portentosa memoria, recita mentalmente capítulos enteros de sus autores preferidos: Erasmo de Rotterdam, Nicolás de Cusa, Ramón Llull, Ficino, Pico de la Mirandola, Nicolás Copérnico... Decía Nicolás de Cusa que el Mundo, necesariamente, ha de ser infinito: ***«El universo es una esfera que tiene el centro en todas partes y la circunferencia en ningún lugar»***. El viejo cardenal no creía en las esferas celestes cristalinas ni en la bóveda de las estrellas fijas. Le repugnaba la artificiosidad del Sistema Ptolomeico. Se imaginaba a la Tierra en el centro de su entorno cósmico, sí, pero girando sobre su eje cada veinticuatro horas, movida para siempre en su rotar por el ímpetu inicial de la creación, ese «ímpetus» divino del que hablaron Filopón y Guillermo de Ockham. Los planetas, el Sol, la Luna, sufrirían la influencia de ese ímpetu y, como cautivos de un remolino celeste, serían arrastrados en un giro

eterno alrededor de la Tierra, tanto más lento cuanto más lejanos estuvieran de ella. Así la Luna sólo tarda 28 días en circundarnos, mientras el Sol lo haría en un año y el lejano Saturno en 29. Mas lejos aún, las estrellas fijas ya no recibirían la influencia del ímpetu y permanecerían eternamente quietas en el espacio. Todo el conjunto de astros se encontraría iluminado por el Sol, el horno inextinguible y providencial que Dios puso en el cielo para que los hombres vivieran en un mundo visible y caliente. Pero, ¿qué hay más allá de la esfera, real o imaginaria, de las estrellas fijas? El Universo no puede tener límites, pues todo aquello que hubiera más allá, forzosamente, tendría que engrosar la nómina de cuanto existe. Todo aquello que hubiera más allá, aunque fuera espacio vacío, también sería Universo. Así pues, el filósofo cusano se imaginaba que tras las estrellas fijas, allá donde la luz del Sol ya no llegara, donde la vista no alcanzase, otros mundos habitados por mortales, movidos por el ímpetu de Dios, rodeados de

planetas viajeros y lejanas estrellas estáticas, darían gloria a su Creador...

¡Qué visión tan magnífica! Se dice Bruno, mirando absorto las estrellas. Sin embargo, sonríe irónicamente, es falsa. Otro Nicolás, Copérnico, ha puesto las cosas en su sitio, pese a la oposición de la Iglesia, defensora de las tesis aristotélicas geocentristas. La Tierra no sólo gira sobre su eje, ha dicho el astrónomo polaco, también da vueltas como un planeta más alrededor del Sol, que es el verdadero centro del Universo. Así, todo encaja, se explican las retrogradaciones planetarias, la marcha pareja de Venus y Mercurio con el Sol, y tantas otras cosas... Pero Copérnico está en cierto modo atado a la filosofía clásica de Aristóteles, de Hiparco y Ptolomeo; ha cambiado el centro del Universo, pero sigue creyendo en las esferas cristalinas, en las deferentes y los forzados epiciclos, en un Mundo pequeño, artificial y cerrado. A Bruno le gusta más el Universo infinito de Nicolás de Cusa.

La oscuridad ya es total y en lo alto se pinta borrosa la silueta inquietante de la Vía Láctea. Bruno agudiza la mirada. Si fuera posible atisbar los otros mundos, más allá de la bóveda celeste, se podría reconocer su estructura copernicana, los soles en el centro y alrededor planetas como la Tierra, como Júpiter, rodeados de enjambres de estrellas fijas...Pero quizá están demasiado lejos, o sus soles no lucen como el nuestro...

Y de pronto, ¡¡DE PRONTO!!, un violento escalofrío recorre la espalda del fugitivo. Algo estalla en su interior. El corazón se le sube a la garganta y el cerebro se le escapa en el remolino de un vértigo indescriptible. Maravillado y aterrado a la vez, ve cambiar radicalmente su propia interpretación del Universo que tiene ante sus ojos y que ahora adopta otra forma, más real a la vez que más fantástica, sin haber cambiado de imagen. La evidencia es tan aplastante que no comprende cómo el cusano o el polaco no la descubrieron en su día; cómo nadie hasta entonces se ha dado cuenta. ¡Están allí! ¡Los otros mundos están allí! La humanidad

los ha visto desde siempre y desde siempre ha ignorado su presencia. Los otros mundos que profetizó el cardenal de Cusa son, precisamente, las llamadas estrellas fijas. No forman un enjambre esférico a nuestro alrededor. No están iluminadas por el Sol. Son, ellas mismas, lejanísimos soles, rodeados con toda seguridad de planetas remotos e invisibles. La bóveda celeste de Ptolomeo y Copérnico ha saltado hecha pedazos ¡Lado sea Dios, que hace posible la existencia de un Universo infinito, sin centro ni límites, del que sólo somos una humilde mota de polvo, uno de los innumerables mundos que cantan su gloria! En ese instante tremendo, el Ser Supremo se manifiesta a Bruno infinitamente más poderoso y grande que el modesto artífice de las esferitas de cristal.

Bruno se ha alzado de un salto hacia el cielo y después ha caído de rodillas, rezando, llorando y riendo ante la revelación del más colosal y fabuloso espectáculo que ninguna persona haya osado imaginarse nunca. Por fin un mortal ha

comprendido cómo es el cielo, ese cielo que siempre estuvo sobre la cabeza de los humanos sin que nadie supiera desentrañar su misterio. Nunca en la Historia se ha dado ni se dará jamás un momento más hermoso. Nunca sabio alguno habrá sufrido una conmoción tan brutal y maravillosa en su espíritu. A partir de entonces y para siempre, dentro de mil años o mil siglos, cada vez que unos ojos inteligentes miren hacia arriba, verán el cielo que vio Bruno en la noche de Noli.

A la puerta de la vieja posada, una joven sirvienta se ha asomado para colgar un farol. Mira hacia la colina y ve la silueta del extraño huésped, recortada contra el cielo cuajado de estrellas. Agita una mano en provocativo saludo que no obtiene respuesta y hace un gracioso giro para volver al interior de la casa. Su falda se levanta en vano, dejando ver las torneadas pantorrillas y los menudos pies descalzos. Ayer, el solitario Filippo, amante primerizo y esperanzado, cortejaba con éxito a la moza, y conocía por ella pasiones y gozos sólo intuidos

en el convento; pero ahora sabe que en adelante no habrá esposa ni familia ni fortunas ni honores ni descanso posible para él, porque su afán no ha de cesar mientras quede un ser humano que desconozca la realidad del Universo. Está decidido a dedicar toda su vida a la prédica de la buena nueva, de la gozosa noticia de que la obra de Dios ha sido desvelada. Y teme con razón que el escándalo le va a acompañar donde quiera que vaya, que será un eterno fugitivo, que quizá su empeño le cueste la vida; porque sospecha que los burócratas eclesiásticos de mente estrecha, los mediocres que desean adorar a un Dios pequeño, comprensible, susceptible de ser encerrado en la vieja filosofía aristotélica, de ser manipulado, monopolizado y hasta vendido a plazos, no se lo van a perdonar; no van a permitirle que ponga en peligro su negocio. Pero lo que ha visto no puede callarse. Ocultar la gloria de Dios sería un pecado digno de un miserable. Él, caiga quien caiga, como Jesús en el templo, expulsará a los mercaderes allá donde los encuentre. ¿Qué

puede haber más fuerte que la verdad, más hermoso que ese Ser total e infinito que llena los espacios, Dios y Creación a un tiempo?

Bruno alza de nuevo la vista al cielo, mientras limpia sus ojos de emocionadas lágrimas. Las estrellas brillan en lo alto, allá en el recién nacido espacio sideral. Percibe, presa de un extraño vértigo, la sensación de profundidad insondable, de alucinante perspectiva entre los mundos infinitos que se encuentran a diferentes distancias; y que se pierden en la lejanía, ya casi invisibles, mientras configuran la alargada silueta de la Vía Láctea. El pequeño y nervioso fraile quisiera entonar un canto de alabanza, un solemne «Deo Gratias», con el coro general de todos los lejanos hermanos que allá arriba comprenden con él lo que hoy todavía es un secreto en este mundo.

Giordano, Giordano, sabes muy bien que acabarás siendo pasto del incendio que los mediocres y los cobardes prenderán a tus pies, pero, ¡cómo te envidio! Por vivir un momento

como el que te hizo dueño del cielo en la noche de Noli vale la pena morir en la hoguera.

V.- UN CONTINENTE BAJO LAS SUELAS

Pronto Bruno se encontró a sus anchas en mi casa. Incluso tenía su rincón preferido, junto a la chimenea siempre apagada en aquella época del año. Se sentaba cerca del estante donde estaban mis libros, que ojeaba a menudo, incapaz de sustraerse a la tentación de devorar cualquier cosa que se pudiera leer. Cuando al mediodía regresaba de dar mis clases lo encontraba allí, aposentado en el mejor sillón de la estancia, leyendo en medio de un desorden de libros y escritos apilados o tirados por el suelo. Pero sobre la mesa del comedor había dos platos con sus vasos y cubiertos, una fuente de pan cortado, la jarra de vino llena y la comida preparada, tal como quizá aprendiera a hacer años atrás en el convento. Así que, como si de

un matrimonio bien avenido se tratara, yo aportaba el dinero y él se ocupaba del hogar.

Después de la comida, charlábamos durante horas, sentados en la galería que miraba a la calle o, si hacía bueno, paseando por los alrededores de la Universidad. Él me contaba anécdotas de su azarosa vida, o me deslumbraba y desconcertaba con sus teorías y discutía conmigo sobre nuestra diferente concepción de la ciencia. Y pasaba de un asunto a otro según le venía en gana, dejándome a veces con la réplica en la boca. A menudo, sus frases resultaban incomprensibles para mí, llenas de citas de autores fabulosos y extraños, como Hermes Trimegisto o Asclepius, y de otros más modernos, pero igualmente esotéricos, como Alberto Magno, Ficino o Pico de la Mirandola... Mi mente racional y matemática no siempre era capaz de seguir sus erráticos razonamientos, y llegué alguna vez a preguntarme si estaba hablando con un genio o con un loco. Sin embargo, otras veces, sus razonamientos eran tan brillantes y lógicos que me desvelaban

maravillas, mientras de su extraordinaria memoria surgían párrafos enteros de autores de probada solvencia: Erasmo, Guillermo de Ockham, Telesio, Roger Bacon, Copérnico... Así es que, desdeñando la forma anárquica en que me fue contado por su protagonista, me voy a permitir imponer un cierto orden al relato, ocupándome uno tras otro de los temas tratados con Bruno durante aquellos días. Empezaré por reconstruir su biografía de manera que no maree al lector con idas y venidas en el tiempo.

Nos habíamos quedado en cuando Bruno tuvo su revelación cosmológica. Pues bien, todavía permaneció unos días en Noli; más para satisfacer su pasión erótica por Daniela, la moza de la venta, que por ninguna otra razón. Desde que sufriera la conmoción intelectual que le produjo la revelación de un Universo infinito, lleno de soles y planetas, el mundo entero se le había quedado pequeño y sus pies ardían en deseos de recorrerlo en busca de países tolerantes donde se pudiera predicar libremente la buena nueva. Pero la bella Daniela lo ataba a

Noli con sus carnes apetecibles y su total y desinteresada entrega amorosa.

Ahora, pasado tanto tiempo, recordaba con asombro el acopio de paciencia que tuvo que hacer mientras intentaba en vano que aquella muchacha ignorante comprendiera el meollo de su descubrimiento.

-¡Qué noche tan hermosa! - decía Bruno mientras atraía a Daniela hacia sí, en la terraza de la venta - ¿Ves cuánta estrella? Dicen los que administran la verdad que todos esos astros giran a nuestro alrededor y que la Tierra, quieta en el centro, es el corazón del Universo.

-¡Claro!- contestaba Daniela- ¿Y no es así?

-Hubo un cura polaco, llamado Copérnico, que escribió un libro en el que se afirma que es el Sol el que está en el centro y que nuestro mundo da vueltas anuales a su alrededor mientras gira sobre su propio eje cada día.

-¡Oh, qué mareo! No me lo puedo imaginar. Ese hombre estaba loco.

-No, no lo estaba. Aristarco y otros griegos antiguos también creían lo mismo que él -

respondía Bruno, armado de una parsimonia que jamás tuvo con ninguna otra persona-. Pero lo que no sabían, ni ellos ni Copérnico, es que las estrellas fijas son también soles ardientes como el nuestro. ¿No lo entiendes, Daniela? Las estrellas son soles, y a su alrededor, demasiado lejanos para ser vistos, hay otros planetas, otros mundos, con gente como nosotros.

-No entiendo nada de lo que has dicho.

-Verás. ¡No existe la bóveda celeste! Lo que hay allá arriba es un inmenso espacio vacío en el que flotan innumerables soles y planetas. Y nuestra Tierra es sólo una mota de polvo, un átomo en el grandioso enjambre de mundos que cantan la gloria de Dios... El Universo ahora, aunque parece el mismo que veíamos hace unos días, se ha convertido en un Cosmos diferente, gigantesco, inabarcable. La vieja bóveda celeste de Ptolomeo y de Copérnico ha saltado hecha pedazos, después de mi revelación...

-Yo...yo no veo nada. ¿Qué ha cambiado? ¿Qué se ha roto? Todo está como antes, con el cielo de siempre lleno de estrellas.

No comprendo lo que dices. Si te oyen hablar de cosas tan raras te mandarán a la hoguera... Me das miedo, Filippo, amor mío. No sé si tienes razón y eres un sabio, demasiado inteligente para mí, o si dices frases sin sentido y eres un loco; pero por nada del mundo quisiera verte preso, en el manicomio o en los calabozos de la Inquisición. Te quiero tanto...

Y la conversación terminaba así, con la renuncia de los dos amantes a comprenderse intelectualmente, mientras sus cuerpos se fundían en el abrazo de la comprensión carnal.

Una noche, Daniela despertó precipitadamente a Bruno para decirle que su patrón había estado hablando de él con un alguacil que, a la mañana siguiente, vendría acompañado de guardias para identificarle y, si resultaba ser quien buscaban, prenderle y entregarle a las autoridades. Por lo visto había llegado a la comandancia de Noli una orden para la captura de un peligroso criminal conocido como Giordano Bruno.

-¿Eres tú, eres tú, ese Giordano que buscan?
Pero, ¿qué has hecho?

-Creerme con derecho a pensar libremente y tratar luego de explicar a los demás cosas como esas que tú tampoco entiendes.

Daniela quería fugarse con Bruno, pero éste no lo consintió. No podía cargar su conciencia con la suerte de la pobre muchacha. Después se arrepintió en mil ocasiones de no haberla llevado consigo, cada vez que echaba de menos sus caricias y el calor de su cuerpo. Durante toda su vida añoró la compañía de aquella persona sencilla y enamorada que se quedó a la puerta de la venta, ocultando sus lágrimas con el delantal, mientras él se alejaba en la oscuridad, campo a través, evitando las carreteras transitadas y las zonas pobladas, en busca de otras tierras más seguras.

Pasó por Savona y Turín, de donde fue a Venecia...siempre ocultando su identidad, temiendo ser delatado por algún espía del Santo Oficio; aunque, una vez en tierras de la Serenísima República, comprobó que gozaba de

una relativa impunidad, dadas las distantes relaciones que sostenía aquel estado con la Santa Sede. Ya más confiado, marchó de Venecia a Padua, en busca de trabajo; y allí sus compañeros dominicos le aconsejaron que volviera a vestir el hábito y presentar sus títulos académicos si quería conseguir un puesto de enseñante.

Convertido de nuevo en fraile, Bruno siguió su peregrinar por Brescia y Bérgamo, intentando inútilmente obtener un trabajo docente en alguna universidad. Marchó a Milán con el mismo fallido propósito, y de allí a Turín y Lyon. El invierno se acercaba sin que nuestro filósofo hubiera hallado un medio de vida acorde con su condición. Las primeras nieves le sorprendieron cerca del convento dominico de Chambéry, donde pidió refugio. Los hermanos de su orden lo acogieron caritativamente aunque guardando las distancias, temerosos de haber dado cobijo a un peligroso hereje. Temor que se confirmó cuando días después llegó al convento un correo en el que se comunicaba que el padre

Giordano Bruno había sido excomulgado por la Iglesia.

El pobre Bruno, vuelto otra vez seglar, tuvo que salir huyendo a toda prisa hacia tierras protestantes, y se presentó un buen día, medio muerto de frío y miseria, en la cuna del calvinismo, la ciudad de Ginebra. Había atravesado a pie la Alta Saboya cubierta de nieve, mal calzado y vestido, peor alimentado.

De esta guisa, tembloroso y encogido, llamó a la puerta de la casa del marqués de Vico, jefe de los exiliados italianos en Ginebra. De Vico, sobrino de un Papa de Roma y, sin embargo, ferviente calvinista, era un hombre austero y santo, lleno de nobles sentimientos, que se apiadó de inmediato de aquel pobre fraile huido, andrajoso y hambriento.

-Mi buen padre Giordano. Un ángel os ha guiado a través de las montañas hasta mi casa, para vuestra fortuna y la mía. Vos necesitáis quien os socorra y yo necesito que un compatriota me hable de la tierra añorada, de esas dulces campiñas y soleadas ciudades, de esa

gente alegre y caritativa que hube de dejar para siempre por culpa del despotismo papista. Yo me ocuparé de vos. No padezcáis. Tendréis un hogar y un trabajo digno y nuestra comunidad se beneficiará con vuestras lecciones. Después, si lo consideráis conveniente para vuestra alma, nos honraremos en recibirlos como hermano en la fe de Calvino. Pero ya habrá tiempo para que hablemos de esas cosas. Ahora quedaos cerca del fuego, que mis sirvientes os traerán de comer y beber y ropa seca y digna para vestiros.

Bruno, tiritando aún, no sabía como agradecer aquel magnífico trato por parte de un hombre, indudablemente bueno, que ni siquiera había exigido de él credencial o recomendación alguna.

Galeazzo Caracciolo, marqués de Vico, cumplió con creces su palabra. Colocó a Bruno como corrector en una conocida imprenta ginebrina, proporcionándole así un sueldo con el que pudo alquilar una habitación, pagarse comida y ropa y hasta ahorrar algún dinero. Aquel trabajo, además, le resultó sumamente

gratificante, toda vez que le permitía tener acceso a libros que estaban prohibidos en Italia. Sin embargo, quizá al igual que su benefactor, se sentía solo, desplazado, en aquella ciudad ordenada, fría, limpia, tan distinta de la caótica y alegre Nápoles de su infancia y juventud. Los ginebrinos, puritanos calvinistas inflexibles, eran gente inexpresiva, exageradamente cauta y distante en el trato con los demás, especialmente si se trataba de un extranjero católico como él. El ambiente rígido, intolerante, ahogaba su vehemencia, le hacía parecer ridículo y gesticulante hasta en sus ademanes más comedidos. Las mujeres se mostraban inaccesibles, el vino caro y prohibido, la comida insulsa, las ideas disecadas. Parecía que había sido condenado a reencarnarse en una pieza de reloj, en el que todo el funcionamiento había sido ya predeterminado. Su temperamento meridional estaba siempre a punto de estallar, reprimido a la fuerza, augurando una próxima y temible tormenta.

Dispuesto a probar suerte en la vida docente, Bruno se matriculó en la Academia ginebrina y comenzó a acudir a una serie de conferencias que en ella se impartían sobre los temas más variados de las ciencias y la filosofía. Una de ellas, especialmente recomendada por el marqués de Vico, la daba el eminente profesor Antoine de la Faye. Ilusionado y amable, Giordano se sentó entre la concurrencia, dispuesto a escuchar, callar y aplaudir. No tenía más propósito que sondear el nivel cultural de aquellos calvinistas a los que pensaba ofrecer sus servicios como profesor.

De la Faye comenzó alabando la magnificencia del Universo de Aristóteles; llenando, según Bruno, de necedades e inexactitudes la exposición, ya de por sí absurda, del viejo filósofo griego. El ánimo del nolano se fue calentando, su cara enrojecía por momentos a cada frase del tenido por brillante maestro; hasta que no pudo más. Se levantó, interrumpiendo al conferenciante, y comenzó a hacerle preguntas cargadas de sarcasmo. De la

Faye le exigió silencio hasta que terminara su alocución; después, en el coloquio, le dijo, podría hacerle las preguntas que quisiera. Y él calló, y volvió a explotar, cada vez más enardecido, hasta que la conferencia se convirtió en un escándalo. Algún que otro estudiante se atrevió incluso a apoyar las frases de Bruno, que fue tachado de impertinente por de la Faye y otros asistentes.

-Aristóteles era un majadero que no aprendió nada de su maestro Platón. ¿Cómo pensar que el Mundo se contiene a sí mismo? ¿Acaso Ginebra se contiene a sí misma? ¿No hay más que una ciudad en el Mundo? ¿Por qué tendría que haber, entonces, un solo mundo? Lo único que se contiene a sí misma aquí es la estrechez de vuestra filosofía.

Y dejando a todos boquiabiertos, Bruno dio media vuelta, se envolvió en su capa y salió violentamente de la sala.

Aquello no podía quedar así. Esa noche la pasó en la imprenta, trajinando con los tipos y las prensas. Y a la mañana siguiente toda

Ginebra pudo leer un panfleto titulado «Los veinte errores del profesor pedante».

Bruno fue arrestado junto con el impresor. Pero confesado por el primero que la realización y difusión del panfleto se habían hecho sin permiso del segundo, éste quedó en libertad. Desde la calle, a gritos que parecerían impropios de un calvinista ginebrino, despidió de su trabajo y maldijo mil veces a Bruno, antes de avergonzarse de su arrebató y marcharse a rezar a su casa. En cuanto a Bruno, fue obligado a destruir todas las copias que aún quedaban en su poder del famoso panfleto y, lo que fue más humillante, tuvo que pedir públicas disculpas a de la Faye.

El marqués de Vico citó en su casa a Bruno, apenas éste fue puesto en libertad.

-¿Acaso queréis poner en peligro a nuestra comunidad de refugiados? ¿Sabéis la fama de pependencieros, ladrones e individuos de poco fiar que ya tenemos los italianos entre esta gente tan metódica y ordenada? ¡Solo faltábais vos con vuestras locuras filosóficas para desautorizarnos

por completo! Y, ya lo veo, no daréis la cuestión por zanjada, ¿verdad? Pues, os advierto, Antoine de la Faye es amigo íntimo de Teodoro Beza, el sucesor de Calvino. ¿Sabéis que hace tan solo unos años, un español llamado Miguel Servet fue quemado aquí, con leña húmeda para que su muerte fuera más penosa, por haber discrepado con Calvino sobre la Santísima Trinidad? De nada le valieron sus importantes estudios anatómicos sobre la circulación de la sangre - decía de Vico, adoptando un aire sombrío e interrumpiendo con un enérgico gesto los tímidos intentos de protesta de Bruno-. Si en algo apreciáis los consejos de quien os socorrió generosamente, me escuchareis ahora. Por vuestro bien y el de todos nuestros compatriotas refugiados, marchaos de Ginebra inmediatamente. No me hagáis sufrir más, mi querido padre Giordano. Y que Dios os acompañe siempre y atempere vuestra vehemencia.

En el fondo, de Vico apreciaba a Bruno y quizá, como compatriota, estaba orgulloso de él.

A la mañana siguiente, llevando a una recién comprada mula del roncal, Bruno partió hacia Francia. No le pesó demasiado dejar aquella ciudad a cuyo paisaje maravilloso de montañas nevadas y cristalinas aguas lacustres no hacen justicia las calles excesivamente silenciosas, ordenadas y limpias, con sus casas desprovistas de todo adorno inútil, donde la gente vestida de negro y gris reza y hace negocios sin permitirse una risa o un gesto mínimamente apasionado. Le daba igual, él tenía toda Europa bajo las suelas de sus sandalias.

VI.- DÍAS DE GLORIA

Al anochecer, Bruno y yo solíamos marchar a un mesón cercano a casa, donde nos reuníamos con los compañeros de la Universidad. El dueño del establecimiento era alemán y servía una excelente cerveza acompañada de salchichas que hacían las delicias del nolano. Así como en privado Bruno me había confiado sus recuerdos

más dramáticos, ante la nutrida concurrencia del mesón prefería relatar sus mejores momentos de gloria. Y una noche, en la que se encontraba de especial buen humor, nos contó sus aventuras en Francia.

Al parecer, la suerte de Bruno había cambiado en cuanto salió de Ginebra. Francia era un reino muy distinto de aquella insufrible república de puritanos que había dejado atrás. A pesar de ser escenario de terribles enfrentamientos religiosos entre católicos y protestantes, de continuas guerras y conjuras de todo tipo, seguía siendo el país generoso y lleno de luz conocido desde siempre como «la dulce Francia». Ello era posible, seguramente, gracias a los franceses y francesas de a pie y a su peculiar y sabia filosofía de la vida, que los hace poco proclives al fanatismo. Por eso, en aquella nación, las disputas entre papistas y hugonotes tenían más un tinte social, reivindicativo, que propiamente religioso.

Toulouse, la vieja capital del Languedoc, con su prestigiosa universidad, parecía a los ojos de

Bruno un excelente mercado intelectual donde encauzar su futuro. Y así fue. En un principio no se le admitió como profesor en la universidad por carecer del adecuado curriculum. Así es que se dedicó a dar clases particulares sobre astronomía, matemáticas y cualquier asignatura que sus clientes, estudiantes de grado superior, necesitaran perfeccionar. Poco a poco fue ganando alumnos, entre los que se encontraban las víctimas de aquellos profesores que, por su extremado rigor o su incompetencia como enseñantes, resultaban más peligrosos a la hora de superar un curso académico con notas favorables. Había un alumno, a quien sus compañeros apodaban «el Leño», que era considerado por todos un caso perdido. El pobre muchacho intentaba vencer a su mala reputación estudiando infructuosamente; y achacaba sus malas notas a su detestable memoria y a su incapacidad para la concentración. Bruno vio en él la ocasión de realizar un interesante experimento, cuya feliz conclusión sería convertir al «Leño» en un

brillantísimo y erudito estudiante. Antes, se preparó como profesor. Volvió a repasar las obras de Ramón Llull que había leído hacía años en el convento de Nápoles; especialmente, las que trataban del famoso método mnemotécnico del autor mallorquín, que él mismo había perfeccionado en su provecho. En el caso particular de Bruno, este método daba excelentes resultados, gracias a su portentosa memoria natural; pero nunca lo había probado con otras personas. Y una vez armado con las herramientas que estimó necesarias, hizo que «el Leño» siguiera al pie de la letra sus instrucciones.

Ni los profesores, ni los compañeros, ni los familiares de «el Leño» podían explicarse el cambio radical experimentado por el muchacho y la vertiginosa ascensión de su prestigio en clase. Era indudable la beneficiosa influencia de su nuevo profesor. Así que el padre del estudiante, un acomodado y poderoso burgués tolosano, hizo llegar al nolano más de una bolsa llena de monedas, en agradecimiento por haberlo librado del bochorno que le produjo

hasta entonces la reiterada noticia de los suspensos de su hijo. Muy pronto, todos dejaron de utilizar el molesto apodo, para llamarlo respetuosamente por su nombre de pila: Raymond.

Como consecuencia de este éxito espectacular, Bruno fue incrementando su clientela, hasta el punto de que tuvo que alquilar un espacioso local donde muchas veces la concurrencia de estudiantes ansiosos por dominar el arte de la mnemotecnia era superior a la de las clases oficiales de la universidad.

Fue por entonces cuando se produjo una vacante en el claustro de profesores. La plaza se convocó de inmediato y Bruno se apresuró a concurrir a ella. Sabía que el tribunal le sería hostil; así que se preparó a conciencia. Suspendió sus clases y se encerró en su habitación durante varias semanas en las que ni siquiera salió para comer. Escogió como tema de su tesis la obra del teólogo medieval Pedro Lombardo y se empeñó en memorizar sus

libros, hasta que, preparado a la perfección, acudió lleno de ánimo a la prueba.

Bruno se las arregló para comparecer el último ante el tribunal. A petición de los estudiantes, el examen era público. La sala estaba llena de jóvenes adictos y profesores y clérigos desconfiados. En la calle, una auténtica multitud de partidarios hacía llegar sus gritos al tribunal: «¡Queremos a Bruno! ¡Queremos a Bruno! ¡Queremos a Bruno!». El examinando apareció envuelto en su capa, mirando desafiante a sus jueces y portando bajo el brazo los libros de Pedro Lombardo; que puso sobre la mesa presidencial, haciendo un significativo ademán.

-Preguntad lo que queráis.

-Bueno- contestó el presidente, un tanto intimidado-. Podéis exponer vuestra tesis como mejor os convenga.

Bruno desarrolló su trabajo haciendo un asombroso alarde de memoria. Recitaba con los ojos cerrados larguísimos párrafos de los libros, dando incluso la página y la línea de la cita. Los

jueces, entonces, se apresuraban a comprobar en el original la exactitud de lo dicho y asentían asombrados, mientras los estudiantes e incluso alguno de los reticentes profesores, aplaudían la proeza. Después, algún muchacho salía a la calle y relataba lo ocurrido ante un público enfervorizado que rugía su entusiasmo.

Para finalizar, Bruno decidió dar el toque de gracia a la prueba, desafiando al tribunal a preguntarle por el contenido de cualquier página de los libros que les había entregado.

-Bien... bien, pues, veamos qué dice Lombardo en la página 23 - se atrevió a aventurar uno de los examinadores, abriendo el libro por dicha página y mostrándola a sus compañeros.

Bruno se volvió de espaldas a ellos, cara a su público que permanecía expectante...

-Lombardo, en la página 23 de ese libro, dice...

Y recitó exactamente, sin omitir una sola coma, el contenido de toda la hoja, indicando incluso las dos erratas que contenía.

La sala estalló en una cerrada ovación, tras la cual los estudiantes levantaron sus puños cerrados con el pulgar hacia arriba, en señal de que daban su voto a Bruno. El presidente del tribunal, después de mirar a sus compañeros y con un gesto conmovido, asintió con la cabeza. Bruno había ganado su puesto de Magister Artium en la Universidad de Toulouse.

Durante todo ese día, el nolano fue paseado a hombros por la ciudad, seguido de una muchedumbre estudiantil que en adelante se le mostraría incondicional. Fue quizá la jornada más bella de su vida profesional.

Las mujeres francesas fueron generosas con Bruno; pero ninguna de ellas consiguió que olvidara a Daniela. Más de una vez abrigó la intención de aprovechar unas vacaciones para llegarse a Noli y traerse consigo, para siempre, a la dulce y querida muchacha. Pero sus ocupaciones eran cada vez más absorbentes, debido a su creciente éxito. No le quedaba ya tiempo para dar más clases ni para asistir a más reuniones y fiestas a las que se le invitaba

invariablemente, cada vez que un anfitrión deseaba contar con la gente importante de Toulouse. Las clases que daba en la universidad versaban sobre «La Esfera», una importantísima obra de Giovanni de Sacrobosco, que compendia toda la Astronomía de la época, desde Ptolomeo a sus comentaristas árabes; y que el nolano completaba con un apéndice donde exponía la doctrina de Copérnico y sus propias conclusiones. Sus atrevidas y heterodoxas ideas sobre el Universo infinito y la pluralidad de los mundos entusiasaban a los jóvenes rebeldes, mientras provocaban una creciente hostilidad entre los dirigentes y profesores de la universidad, todos ellos sin excepción adeptos a Aristóteles y Tomás de Aquino. Desde un principio se constituyeron en sus enemigos irreconciliables, envidiosos competidores e incluso calumniadores, que difundieron rápidamente el rumor de que las habilidades memorísticas de Bruno y sus alumnos se debían a la magia negra. Probablemente, esta sospecha influyó de manera

negativa en el intento que hizo Bruno de reconciliarse con la Iglesia Católica, a quien solicitó en vano el levantamiento de la excomunión. Pero su personalidad, rodeada ahora de ese misterioso halo de brujería, resultaba más atractiva a las damas, los nobles diletantes y la juventud inquieta de la ciudad del Garona.

El ambiente en el claustro de profesores se había vuelto tenso, casi insoportable. Bruno, incapaz de apostar por la concordia, no dudaba en disputar con cualquiera de los hasta entonces respetados catedráticos, en cuanto nombraban a Aristóteles. Su dominio del tema, su erudición y la brillantez de sus argumentos desconcertaban y humillaban a sus colegas de tal modo que acabaron sumiéndose en un estado de crispación muy peligroso. Y, para colmo, se permitía bromas sobre su fama de brujo, invitándoles a hacer, como él, «un pacto con el diablo que los sacara de su incompetencia y su ignorancia».

Un día, el rector llamó a Bruno a su despacho. Junto al viejo profesor se hallaban dos